



Anhelo de Dios

Marco Martos

Como ojo de agua, como quietud, como noche,
como ojo de agua en la quietud de la noche,
como espera, como terrible espera
en medio de las dunas bajo el sol de fuego,
como nada, como todo,
como incertidumbre
en la mañana brumosa,
como negación, como miedo,
como vacío acongojado,
como simplicidad venturosa,
como límite,
ahí donde el desierto advierte las palmeras,
como azul del mar que se junta al cielo.

¿Por qué el día es tan largo?
¿Por qué un minuto se parece a otro?
¿Por qué en la oscuridad llueve fuego?
Nadie contesta mis preguntas,
nadie dice nada en su hielo.
Permanezco solo
en lo más alto de la escollera
tiritando en las ventiscas
bajo la rosa de los vientos.

MARCO MARTOS

Dios parece una alta montaña inmarcesible,
inimaginable por la memoria humana

Se cae mi casa a pedazos,
se cae mi choza menesterosa,
se cae mi tienda de campaña
clavada en la arena,
se caen mis afectos
o quedan como humo congelado,
como bruma,
como oscuridad,
cae la noche,
solo escucho el latido animal
del reloj que continúa,
tanteo en la niebla,
sombas, fantasmas
que mis dedos adivinan.

No hay nada más oscuro que esta soledad.
Dios ¿se apiadará de nosotros?

He sacado de mi alma
los mejores oropeles,
los inútiles documentos,
la historia tan importante.
He dejado una flor,
una humilde hortensia
para recibir a Dios,
si viniere.

En mi mismo corazón
la desolación crece,
hay cactus, piedras calcinadas,
sal en esa tierra roja.
Dios no está. Lo siento tan lejos.
Es muy dura su prueba.
Limpio como puedo la casa,
limpio el corazón,
limpio la palabra,
limpio la ventana
para que Dios entre.

Permanezco reposado,
firme en lo que puedo,



ANHELO DE DIOS

inmóvil,
con un cirio en la mano
y los ojos cerrados,
diríase una estatua
que vencida de cansancio
muy de rato en rato
parpadea.

Esa manzana que me alcanzan
por la reja,
esa música de guitarras
que se escucha en el patio,
los gritos de los niños
subiéndose a los árboles,
son el pulso de la vida
que siempre marcha,
la presencia de Dios
en lo sencillo,
el misterio de lo bien hecho
que parece fácil.

Sin Dios los caminos anchos
se tornan estrechos,
la libertad, servidumbre,
el descanso, trabajo,
se confunden la guerra y la paz,
alegría y tristeza,
angustia y felicidad,
la grandeza se vuelve vanidad
y todo alivio, aflicción de espíritu.

Dos caminos se ofrecen al piadoso
en el bosque de los sentidos
y de la inteligencia.
Uno medita sobre Dios y sus poderes,
y otro simplemente lo contempla.
El primero se explica en los púlpitos,
el segundo ni siquiera sabe su nombre.
Escojo el camino menos transitado.
Esa es la única diferencia.

No importa que Dios no se manifieste,
no importa que no responda a mis reclamos,
Dios es incomprensible,



su providencia, infinita,
para mi amor desesperado.

Dios es superior a todas las criaturas
y no puede el alma mirarle,
salvo en la oración que la empina
por encima del común de los humanos.

De un modo sencillo, suave, quieto,
conoce el alma la verdad eterna,
no necesita ni discusión ni reflexión
como el ave que está en el aire
no se pregunta nada sobre el espacio
en que se mueve.

Cristo es el camino,
el medio más perfecto
de llegar al Dios.
Decirlo no basta,
ponerse de hinojos, tampoco,
ponerse de hinojos, decirlo,
sentirlo en el alma
en plena oración
es el primer paso del camino
que llega a la morada de Dios.

Así como al llegar al puerto
cesa la navegación,
el alma que busca a Dios
y se fatiga en sus trabajos,
en siendo recibida
conoce la quietud.
Y ese es su contento
y no necesita probanza.
Vive en la pura contemplación.

No ahorro los trabajos,
pero en ellos me siento perdido.
Espero la misericordia
de Dios mismo y su bondad.
Solo no llego a ninguna parte,
necesito dirección.



ANHELO DE DIOS

Tengo inquietud, tengo fatiga,
desazón.
No guardo humor melancólico,
no guardo sequedad,
poseo amor a Dios,
quiero que me encuentre,
que me lleve en su rebaño,
entropado,
como humilde servidor.

Cuando habla Dios al hombre
le suspende el entendimiento,
le toma la palabra de la boca
y lo deja gozar sin saber bien
cómo y por qué goza.
El alma se abrasa de amor
y no entiende lo que ama,
no entiende lo que escribe,
no entiende lo que dice,
salvo que nada en la fuente del amor.

Estar conforme con Dios
es yugo suave que da
una serenidad interior,
luz divina, secreta senda,
suma felicidad de la perfecta paz.

Anhela a Dios mi corazón huraño,
anhela a Dios el que nada desea,
el más simple quiere que Dios lo vea,
anhela a Dios el hombre más extraño.

Más se le quiere en medio del desierto
que caminando en la ciudad dorada,
entre las dunas en blanca alborada,
oyendo pájaros en su concierto.
Viendo así el mundo parece perfecto,
se acomodan tan bien todas las partes,
tienen las manos de Dios buenas artes,
grandeza su bondad y su intelecto.

A Dios me apego con toda mi fuerza,
no hay nada en el mundo que me tuerza.



MARCO MARTOS

Que no haya tribulaciones que me aparten
del camino verdadero.
Señor, que la soberbia no dañe
la humildad que me diste,
que tome con prudencia
el alimento justo,
que en todo sea razonable
con la gente,
que sea como tú quieres
un hombre bueno.

El alma es el centro,
la morada y el reino de Dios.
Debe permanecer
limpia y pacífica,
vacía de afectos
y hasta de pensamientos.
¡Es difícil!
Pero así lo quiere el Creador.

Tiene el alma magnífico castillo,
en verdad, una divina fortaleza
de paredes construidas con destreza,
día a día con cuidadoso brillo.

No penetran los fieros enemigos,
fracasan sus negras acechanzas,
dentro se rezan finas alabanzas
a Dios que nos regala estos abrigos.

Bien se soportan las tribulaciones,
desdichas que aparecen cada día,
protegidos por Dios y su porfía,
por la fuerza que dan las oraciones.

La alabanza de Dios es la materia
que saca al hombre de su gran miseria.

Vuélvete a quietar siempre que te alteres,
haz un trono de paz
en el centro de tu alma,



ANHELO DE DIOS

un mar de tranquilidad que aguarde
la divina gracia.

Halla al Señor en lo áspero profundo,
en cada situación de sufrimiento,
en medio de la caricia del viento,
explicándote cómo esta hecho el mundo.

Hallan Señor, el mar con sus mareas,
el sol iluminando lo más denso,
la clara luna en su bello ascenso,
la gente que discurre en las aldeas.

San Francisco hablaba con el lobo,
pues el Señor aquello permitía,
sigue el camino, santa tu porfía,
pronuncia la oración, deja tu adobo.

Mira en lo alto a las lucientes estrellas,
parpadean olvidando querellas.

El camino interior tiene sus dudas,
aflicciones, perplejidades diarias,
fatigas súbitas entreveradas
con enormes desmayos.
Rezar es la mayor felicidad,
Dios ofrece divina presencia,
mendigos, solo tenemos harapos,
humilde fe le damos.

El patriarca Noé, llamado loco,
en el indómito mar navegaba,
sin velas, sin los remos, ignorando
qué quería el Señor,
atento a la divina voluntad,
rodeado de los grandes animales
que todavía viven en el mundo.
Lo bendijo nuestro Dios.

Procura no afligirte ni volver
a lo que hacías el día de ayer,



MARCO MARTOS

calla, ponte en la divina presencia,
firme camina a ciegas.

San Agustín se decía ovejuela
perdida en un industrioso discurso,
laberinto casi diario, recurso
de quien solo conoce su parcela.

Buscaba a su Señor por calles, plazas,
en los discursos de los hombres sabios,
nada encontraba en aquellos labios
discurriendo serenos en terrazas.

Cavó entonces muy dentro de su alma,
modesto desocupó esa caverna,
entró la luz, divina linterna,
conoció a Dios que le ofreció su calma.

La ovejuela ingresó en su rebaño,
libre de tentación, de cualquier daño.

Cuando Santo Tomás, Doctor Angélico,
escribió sobre los ciegos y necios,
dijo que en sus devaneos y aprecios
buscaban a Dios como el famélico.

Querían encontrarlo en cualquier parte,
clamando, suspirando por su presencia,
lo único que tenían era ausencia,
las ganas de tenerlo, ningún arte.

Estos ciegos buscaban el instrumento
que tenían en la propia morada,
aun subiendo estaban de bajada,
gastaban energías en su intento.

Pierde su vida el hombre justo, buscando a ciegas solo halla
disgusto.

Cristo, Señor,
enseñó a todos la perfección,



ANHELO DE DIOS

que la amemos
es lo que desea,
en especial si somos
ignorantes y pequeños,
y eso es lo somos
con todo nuestro saber.

Todas las formas
con que concebimos al Señor,
no son ellas Dios,
que no admite
ni imagen ni forma.

La oración tierna, regalada, llena
de bondad y de buenos sentimientos
da a los que rezan muy buenos momentos,
es la confianza del mismo Dios, plena.

Existe otra oración oscura, seca,
desolada, tentada y tenebrosa,
que amilana a la gente temerosa,
a los mismos beatos y a quien peca.
Quienes escogen el primer camino,
buscan la devoción suave, sensible,
los fuertes eligen rúa invisible,
combaten sus pasiones y al destino.

Al débil Dios lo quiere como a un niño,
guarda para el más fuerte más cariño.
Se vale el Señor de las sequedades,
desea que conozcamos desaliento,
que nos parezca muy largo el momento,
que veamos distantes sus bondades.

Si supiéramos lo que hace en nuestra alma,
la presunción sería nuestra reina,
satisfacción la dama que la peina,
perderíamos por siempre la calma.

Así metidos en ese desierto,
ignorando el sentir de Dios secreto,
con rezar que dura y que es discreto,
esperamos su bondad en lo incierto.



MARCO MARTOS

Sólo vemos nuestra enorme ignorancia,
la noche oscura, su áspera fragancia.

El fruto no se ofrece fácil
a quien sale de la oración.
El labrador siembra en un tiempo
y coge en el otro.
Dios te ayudará a resistir
las tentaciones
y cuando menos lo pienses,
cuando estés olvidado de ti mismo,
te dará santos propósitos
y más eficaces maneras
de servirle.

Las sequedades sirven
para perseverar
en la oración,
ofrecen un tedio
por las cosas del mundo,
permiten ver errores,
reprenden en las caídas,
estimulan la voluntad
de padecer
por las culpas,
avivan el deseo
de hacer la voluntad
de Dios.

La paz, la humildad,
la mortificación,
la confianza en Dios,
la sumisión y desapego
de todas las criaturas,
crecen en la sequedad,
son pimpollos que nacen
de la oración.

No creas que la oración tenebrosa,
seca en su fe, muy seca en su ignorancia,
no destila para Dios su fragancia,
pues en la noche oscura abre la rosa.



ANHELO DE DIOS

Cuidado pone Dios en el pimpollo
que nace en medio del mismo desierto,
más hermoso le parece lo incierto,
la flor más temblorosa del cogollo.

Así el pimpollo, lumbré delicada,
cambia muy levemente oscura noche,
derrama sus olores con derroche,
impregna de alegría la alborada.

El alma, un leño que se va quemando.
Dios, el fuego, al que se va sumando.

Dos modos tienen las negras tinieblas,
las infelices nacen del pecado,
conducen al cristiano al precipicio
y ahí lo desbarrancan.

Las segundas se enseñorean dentro,
el Señor las cultiva en nosotros
para fundar el alma. Son dichosas,
iluminan, fortalecen con su fuerza.
No te turbes ni aflijas
ni te desconsueles en lo tan oscuro,
persevera en la oración. Dios lo quiere
con su gran misericordia infinita,
te abre la senda interior que conduce
al mismo Paraíso.

Dios construye su trono en las tinieblas,
en lo profundo coloca la luz,
antes ofrece al cristiano una cruz,
anhela que la lleve entre las nieblas.

Sufriendo con resignación se aprende,
se conoce el camino de quietud,
y así, ganado por mejor virtud,
se encaminan los pasos más allende.

La luz hermosa que crece en el alma,
es también árbol de sabiduría,
flor del amor más santo. Dios se fia,
del ser iluminado, le da calma.



MARCO MARTOS

Sin presente, pasado ni futuro,
el hombre en Dios consigue ser más puro.

Si cambias tus sentidos con firmeza,
mortificando apetito diario,
en agradable trabajo voluntario
en que te empeñas con toda agudeza,

purgará Dios malas inclinaciones,
desordenados apetitos, vana
complacencia, la estima que te gana,
tus inútiles viejas vocaciones.

Limpiaré con cuidado los resquicios,
sacará todas las hierbas malsanas,
dejará lo mejor: tus filigranas
que te defendieron de grandes vicios.

Sabe Dios modificar los defectos
y llevarnos por los caminos rectos.
Prepara tu corazón
como un blanco papel
donde pueda la divina sabiduría
formar los caracteres a su gusto.

Sabrás del desamparo de las criaturas,
los demás verán tus angustias,
mar de dolores,
penas interiores,
esa sequedad de potencias
que te quitará la voz
y hasta el pensamiento más íntimo
de nuestro Señor.

No conocerás ni consuelo,
ni cielo, ni luz,
pensarás que en la ardua tiniebla,
harás tu morada para siempre,
y durará tanto y tanto y tanto
ese momento
que envidiarás a la piedra calcinada
porque ella siquiera frecuenta el fuego
aunque vive en la desdicha.



ANHELO DE DIOS

¡Ah, las enemigos invisibles!
¡Ah, sus sugerencias libidinosas!
¿Cómo llegar a Dios con tanta impaciencia,
con tanta soberbia en el corazón?
Expulsa la tibieza, el tedio y el fastidio
por las cosas de Dios.
En el desamparo más grande
parece que no existe Dios,
pero está cuidándote sin que tu lo veas,
sabe perdonarte, llevarte a la quietud,
a la suprema paz interior.

Es Dios quien purifica al alma llana
con lima sorda de la tentación,
bien la utiliza como una ocasión
de sacar todo lo que la empantana.

Fuera soberbia, fuera avaricia,
fuera la escoria de la vanidad,
queda solamente la sequedad,
libre por siempre de cualquier malicia.
Cree el alma que el eterno castigo
lo recibe en su propia morada,
queda perpleja, queda embarazada,
indaga en vano un consejo amigo.

La fineza de la misericordia
divina la conduce a la concordia.

La tentación es la paradoja
que nos lleva al mismo Dios.
Despréciala con sosegada disimulación,
no la escuches, mantén tu paz.
La mayor tentación
es estar sin tentación
porque eso te da vanidad.

Con una soledad, total olvido
de las cosas más vanas de este mundo,
llega el alma por fin a lo profundo,
se interna en el mar desconocido



MARCO MARTOS

que Dios mismo le tiene preparado,
adobado con sufrimiento, gañido
tan incierto del hombre descreído,
tal peñasco de lo alto desgalgado.

Perdida entre las cimas y en el lodo,
cuando navega el alma acongojada,
mantiene condición de enamorada,
con torpeza busca a Dios de cualquier modo.

Cuando menos espera lo encuentra,
se refocila en Dios, se alegra y adentra.

Mantén, Señor, mis velas desplegadas,
mantén a flote mi vieja barquichuela,
mantén volando mi débil hojuela,
mantén mis oraciones entregadas.
Mantén, Señor, mi fe en la tormenta,
mantén mi confianza en ti, mi amor,
mantén mi voluntad, no el temor,
mantenme lejos de lo que te afrenta.

Mantenme sutil, calmo, sosegado,
mantenme muy seguro de tus luces,
mantenme dispuesto a recibir cruces,
mantén mi seguridad de ser amado.

Mantén a tu servidor desdichado,
mantenme, que no quede desechado.

Silencio en presencia de Dios, total
olvido de asuntos de la vida,
resignación, paciencia, perseverancia.

¿Cuál es el fruto de nuestra oración?
No es la noticia de lo espiritual,
es padecer. Paciencia en el silencio,
paciencia en el centro de la afrenta,
paciencia, aun sumido en la impaciencia.

Piensa en San Juan de la Cruz que solía
sus temporadas pasar ayunando,



debajo del olivo meditando.
El verde entre sus ojos se extendía.

Las corrientes del río sin contratiempo
llevaban pensamientos y oraciones,
los afectos del santo, sus canciones,
trinos finísimos del propio tiempo.

Pronto estuvo en la noche más oscura,
prisionero de las torvas intenciones,
rápido escapó de los hombres bribones,
gracias a Dios y a su buena ventura.

Sigue San Juan con su pluma de plata
alabando al Señor que lo arrebató.
Teresa de Ávila, llamada santa,
con paradojas y contradicciones,
deja las recias argumentaciones,
extraña a Dios, lo adora y le canta.

Escribe de manera muy directa,
sin egoísmo ni falsa modestia.
Querer al Señor no era molestia
para la monja, sierva muy dilecta.
Santa Teresa alude sin reserva
a su arduo corazón atolondrado,
así alienta bien al desdichado
que ama a Dios en su noche más proterva.

Su prosa tan directa y corriente
junta con Dios a numerosa gente.

Blanca escritura de Santa Teresa,
blancura de paredes encaladas,
blancura de mesas fregoteadas,
blancura cegadora en su sorpresa.

Blancura de la tierra del camino,
blancura de la nieve con su manto,
blancura de la noche con su espanto,
blancura de los hombres con destino.

La blancura del niño que se tizna,
blancura de la lava por el aire,



MARCO MARTOS

blancura bamboleante al desgaire,
blancura vertical sobre la brizna.

Blanca bendición de Dios a Teresa.
Santidad de esa escritura traviesa.

Quieto, Miguel de Molinos rezaba
en el centro del desierto, extraviado,
rogaba a Dios muy triste, acongojado,
salir de ese lugar que lo quemaba.

La oscura noche llegaba y seguía
el calor atormentado al beato,
un frío sucedía sin recato,
Molinos persistía en su porfía.
Su vida prosiguió, su peripecia,
todo fue sufrir calculadas afrentas,
estiletes, refinadas tormentas,
hablillas ásperas de gente necia.

Murió Molinos. Dios lo tenga en algo,
que su gracia santifique al hidalgo.

Quédate en la quietud, el sosiego,
continúa en el silencio más pleno,
entrégate al Señor que es lo más lleno,
quede solamente tu desapego.

Habítate al recogimiento,
a los mínimos actos que Dios quiere,
lo bueno vive bien, no es lo que muere,
haz que sea interminable el momento.

La ternura, la dulzura, los suaves
movimientos, mezclan naturaleza
con los actos más puros, son maleza
que dificulta el partir de las naves.

Nada observamos en la mar abierta,
es la ruta hacia Dios menos incierta.

¿Cómo es, Dios mío, la santidad tuya?
¿Qué significa vivir en tu seno?



ANHELO DE DIOS

En el valle de lágrimas
casi nada sabemos.

El camino hacia Dios es complicado,
está dentro de nosotros y fuera,
es difícil acertar la manera
de llegar al meollo de lo amado.

Se inicia en la mañana de la vida,
pronto, en el final de la jornada,
sabemos todavía casi nada,
parecemos recién tomar la brida.

Todo tiempo andamos, peregrino,
buscando a tientas a Dios tan querido,
caemos, levantamos un quejido,
seguimos adivinando el camino.

Por la gracia de Dios luminiscente,
perdón pedimos, rogamos que cuente.

De muy poco nos sirve la palabra
que aprendemos los hombres, vacilantes,
es lo mismo mañana que lo de antes,
muy parejo el lenguaje descalabra.

Conocer bien a Dios es presuntuoso
con los verbos de lenguajes humanos,
vale más remitirse a los arcanos
que insistir en un acto muy vicioso.

Nombrarlo incluso me hace temeroso,
me da pavor ofenderlo con mi verso,
quisiera que mi lenguaje diverso,
incienso para el Todopoderoso,

semeje a una cascada trepadora,
deleitosa en la cima que adora.



MARCO MARTOS

Dios ofreció el silencio a los hombres,
pricipió por el silencio de palabras,
acalló luego los grandes deseos
y luego los pensamientos.

En silencio Dios habla con nuestras almas,
en su secreto e íntimo corazón,
amor de Dios, tiene pocas palabras
el amor verdadero.

Nosotros sólo tenemos palabras,
hablilla balbuceante de niños,
Dios penetra en los nuestros corazones
con toda su bondad.

Trae el silencio la resignación,
obliga a que se calle nuestro amor,
calla también a toda elocuencia,
amordaza al saber.

Conoce el alma la hediondez, miseria
de las pasiones que viven con ella,
conoce los abismos, la vileza,
y ama a Dios en su pena.

Oculto, sepultado, como muerto,
semeja al polvo, semeja a la nada,
es menosprecio y es menospreciado,
pero Dios mismo la ama.

Aliéntate, sé humilde,
abraza las tribulaciones santas,
combate a la soberbia que estimula,
quédate en lo más tuyo y pequeño,
húndete en la nada.

Vístete de la nada,
que ella sea sustento cotidiano,
que la miseria sea tu morada,
piérdete pues, gana.



ANHELO DE DIOS

Como al principio, perdido, ¡Dios mío!
espero tu alta gracia.

El camino hacia Dios es complicado,
está dentro de nosotros y fuera,
es difícil acertar la manera
de llegar al meollo de lo amado.

Se inicia en la mañana de la vida,
pronto, en el final de la jornada,
sabemos todavía casi nada,
parecemos recién tomar la brida.

Todo tiempo andamos peregrinos
buscando a tientas a Dios tan querido,
caemos, levantamos un quejido,
seguimos adivinando el camino.

Por la gracia de Dios luminiscente,
perdón pedimos, rogamos que cuente.

